



derno, de la modernidad o de las modernidades múltiples, y con ello del surgimiento del *self*, de la manifestación del individuo y del otro, del extraño. Sin embargo, no existe una saturación de claves interpretativas, pues la modernidad invita a trascender constantemente lo dado, la novedad ya vieja, y es aquí donde mejor podemos situar el esfuerzo de Olga Sabido y su libro.

El escenario que está detrás de las reflexiones del título del libro: la construcción del extraño, es la sociedad moderna. Sea que esté pensada como proyecto histórico, como ideal normativo o como experiencia existencial, sea la modernidad contemporánea conceptualizada como sociedad posindustrial, posmoderna o modernidad tardía, el hecho es que esta sociedad en la cual todos nosotros estamos insertos como contemporáneos es la que sirve de base para que, desde una pluralidad de enfoques y arsenales analíticos se incursione en un tema que podríamos llamar de frontera en las ciencias sociales contemporáneas y particularmente en la sociología.

Si algo caracteriza la sensibilidad sociológica de Olga Sabido es que su propuesta entrecruza distintas miradas teóricas: desde Émile Durkheim, Max Weber, Georg Simmel, Erving Goffman, Randall Collins, Pierre Bourdieu, Zygmunt Bauman, sin olvidar a Georg Herbert Mead y a Norbert Elias, distintos niveles de análisis e imágenes que simbolizan, ayudan y apoyan el ejercicio analítico realizado. La reflexión que nos presenta se inserta, pues, en el escenario de la modernidad, la cual junto con los procesos de individualización y globalización han vuelto a poner el tema de la identidad en las discusiones sociológicas. Junto con la autora reconozco que dar cuenta de la modernidad es una empresa de por sí titánica, no sólo por el hecho de que la discusión acerca de su estatus puede remontarse hasta el siglo XIX, sino porque desde los años sesenta del siglo pasado se da una inflexión importante en torno a ella que llega hasta nuestros días, donde ya no existe un punto privilegiado para estudiarla. Pronunciaciones, cambios de tono, que han llevado a replantear una gran cantidad de aspectos asociados a la sociedad contemporánea. En esta dirección, reconociendo que con anterioridad

se han puesto distintos acentos en el pensar sociológicamente al *otro* y al cuerpo –como lo hicieron ya Simmel, Goffman y Elias–, y preguntándose: ¿por qué y bajo qué condiciones es que hoy en la sociología cobra relevancia y pertinencia el problema del extraño?, la autora toma el marco de la modernidad como coordenada epocal que le permite evaluar el significado y la pertinencia del problema del extraño, del *otro*, del diferente, en términos de un interés cognoscitivo particular: el cuerpo, y específicamente la percepción sensible.

Sin embargo ello, además de acentuar en la mirada del Otro la condición básica de la propia existencia, o dicho en palabras de Octavio Paz (en su poema *Piedra del Sol*), “para que pueda ser he de ser de otro, salir de mí, buscarme entre los otros, los otros que no son si yo no existo, los otros que me dan plena existencia”. Desde una perspectiva sociológica, la incursión de Olga Sabido apunta a ver, en la aparición del Otro, emociones y estados afectivos tales como el miedo, la angustia, el asco, que surgen al no encajar con los esquemas “normales” de percepción; así, ese Otro es aquel que es ajeno a los marcos de interpretación teóricos, estéticos, morales, religiosos, políticos, eróticos, étnicos o lingüísticos del *self*.

A partir de lo anterior nos enlazamos con una de las preguntas centrales del libro, a saber: ¿qué es el extraño? Recuperando a Georg Simmel la autora nos responde que no es una persona sino una forma social, una *forma de ser con otros*, “formas” que permiten registrar las “acciones recíprocamente orientadas”, es decir, en las interacciones cara a cara captamos, miramos sensiblemente a los otros, interactuamos con el cuerpo. Por ello, el extraño no es un estado sino un acontecimiento en el que intervienen las personas y las pautas interpretativas, las cuales no sólo remiten a la mera conciencia de las personas sino a sus cuerpos y lógicas del sentir. Así, por ejemplo, nos dice:

[...] no sólo aprendemos los signos de la lengua de nuestros padres, sino [que] aprendemos a amar y odiar a través de ésta; a apreciar el acento que consideramos apropiado y a despreciar aquel que consideramos ajeno. Igualmente no sólo contamos con los recursos *ideacionales*

para descifrar un mapa y movernos literalmente en sus calles y extrañarnos ante quienes no lo hacen como nosotros. Comprendemos también siendo cuerpo, pensando y sintiendo, atribuyendo significados y viviéndolos (p. 25).

De esta forma, Olga Sabido amplía la perspectiva fenomenológica del Sentido a otro ámbito, el cuerpo. Recordemos que para esta perspectiva sociológica el Sentido apunta a la capacidad interpretativa de los actores, ya que parte del supuesto de que los seres humanos significan el mundo en el que viven. Ahora bien, no sólo las personas significan a través de sus acervos de conocimiento sino que, además, lo hacen con el cuerpo; éste es un *recurso de Sentido*, ya que “[...] la recurrencia de ciertas maneras de sentir, reaccionar y experimentar el mundo y a los otros de una manera y no de otra [...] son resultado de lógicas sociales inscritas en el propio cuerpo” (p. 26). De esta forma, desde el legado de la tradición fenomenológica, Sabido Ramos señala “la existencia de una complicidad del ‘mundo de la vida cotidiana’ con el cuerpo, colocando a la comprensión como un problema corpóreo-afectivo” (p. 24). Es por ello que en el caso de la construcción de la forma social del extraño, en el cuerpo se encuentra a un cómplice principal. Lo anterior porque tal y como señala la autora, el cuerpo no sólo es un referente objetivo sobre el que se imprime la sociedad, sino también es un ancla constitutiva de la experiencia en el mundo. Ello implica el ámbito de la interacción, la co-presencia, y más aún, significa ir más allá del reconocimiento de que la gente interactúa mejor cuando está cerca corporalmente; indica que la sociedad es, ante todo, una actividad corporal.

Desde dicho ángulo, la autora señala cómo su intención principal es comprender la experiencia del extraño en términos negativos. Cuando se alude al extraño (el extranjero, el forastero, el *outsider*) se encuentra con el problema de cómo los seres humanos se perciben a sí mismos como parte de un grupo y se incluyen en un “nosotros”, mientras que al mismo tiempo excluyen a otros y los refieren con el término “ellos”. Considerar esto implica que las personas no son extrañas por sus contenidos

(género, edad, estatus, clase, religión, etnia), es decir, el extraño no es una sustancia, es una relación, es una forma social con lo que se considera propio y familiar. Se es extraño en función de aquellos que no lo son; y “son determinado tipo de relaciones sociales las que colocan a las personas, o en ocasiones a los grupos, en una situación de extrañamiento [...], en un grado de reciprocidad asimétrica [...]” (p. 179). Dicho de otra forma, el extraño es una relación particular en posiciones jerárquicamente diferenciadas, clasificadas e inferiores. Así, quien es considerado de dicho modo es evaluado como alguien que no sólo es diferente sino inferior y, al mismo tiempo, despreciado, rechazado, excluido, huele mal, repugna.

En tal marco, los lectores encontrarán referencias teóricas y empíricas que expresan cómo las emociones y el papel de la corporalidad pueden ser leídas desde una perspectiva sociológica, pues Sabido señala cómo el significado de “sentirse inferior”, “avergonzado” o “repugnante” depende de las condiciones sociales que lo posibilitan, del orden de la interacción asimétrica y de las *disposiciones corporales* con las que cuente un grupo de nosotros que sienta, sepa y tenga los recursos de poder para mantener su preponderancia.

Igualmente es importante recuperar, tal y como lo hace Sabido en uno de los epígrafes del libro, un señalamiento de Zygmunt Bauman, a saber, que todas las sociedades producen extraños, pero que cada tipo de sociedad genera su propio tipo de extraños y lo hace a su exclusivo e inimitable modo. En este sentido, el lector encuentra en la obra un marco semántico del extraño.

En suma, invito a la lectura y a compartir los distintos niveles de análisis que nos propone esta joven socióloga, sus distintas interrogantes e inquietudes, tales como: ¿cómo puede estudiarse sociológicamente la intervención del cuerpo y de las emociones en las relaciones negativas con otros?; ¿por qué algunas personas generan sacudidas emocionales en nuestra existencia?; ¿qué mecanismos sociales pueden explicar el sentido de sentir a alguien como extraño en la sociedad contemporánea?

Cada lector puede simpatizar más o menos con un abordaje; más o menos con el tratamiento de la serie de miradas que intervienen en la construcción del extraño; más o menos con la forma de tratar o no tratar de un tema, pero sin lugar a dudas el libro funciona para aquello a lo cual fue dirigido.

Como lo señalé en un principio, el texto es una excelente herramienta de trabajo para la actividad docente en los campos de las teorías social y sociológica y es, al mismo tiempo, material obligado para el debate especializado en torno a algunos de los grandes problemas que enfrenta la teoría sociológica contemporánea, como lo es la construcción del extraño, de ese otro, del diferente, que puede despertar miedo, angustia o mera inquietud.

Dejo hasta aquí la exposición de los puntos que despertó en mí la lectura del libro de quien siempre he considerado y consideraré mi amiga, colega y maestra. Es un referente sociológico que tiene la ventaja de que por sus constantes referencias a imágenes y experiencias empíricas de distinto tipo permite que el lector se enriquezca. En este sentido, es un texto que no sólo debe leerse sino estudiarse, ya que el contenido sociológico y el conocimiento que nos comparte brinda apertura a nuevas miradas de distinto tipo, convirtiéndose en un excelente instrumento para el trabajo intelectual.